

¡Que frío que hace...!

Estábamos a punto de escribir este espacio editorial, como casi siempre, sobre algún tema político de más o menos rabiosa actualidad. Pero de pronto un amigo que estaba cerca de nosotros dice, frotándose las manos: ¡Qué frío que hace...! Escribimos el miércoles por la tarde. Es cierto, hace frío, mucho frío, más que en todo el invierno. O por lo menos no nos acordábamos ya del que había hecho en el invierno. Así de flaca es la memoria humana.

Y es que los problemas de cada día, lo cotidiano, es lo que más motiva al hombre, digan lo que digan los políticos filosóficos y doctrinarios. La expresión gráfica de lo que estaba ocurriendo el miércoles, climatológicamente hablando, del amigo de marras, nos hizo recordar una conversación periodística mantenida el pasado domingo con Eduardo Tarragona; el hombre de imagen revolucionaria —hasta cierto punto, claro— hace un tiempo y hoy lleno de espíritu conservador y de «seny». Nos decía Tarragona que a la gente lo que le importa es saber como va a vivir mañana; si peor o mejor que ahora o por lo menos lo mismo. Que la gente quiere ya que se le hable de cosas, cosas concretas, cosas de la vida. Que la gente ya está harta de filosofía política y quiere que se le hable de economía, de rentas, de problemas resueltos, o al menos de programas serios y lejos de lo utópico, para resolverlos.

No le falta razón al procurador de los enhiestos bigotazos, no. El hombre ha aprendido y aunque en tiempos empleó la demagogia como pocos, parece que al fin ha cogido su cuerda. La suya, la auténtica, porque que un Eduardo Tarragona, con todas sus circunstancias socioeconómicas, se nos hubiera vuelto revolucionario de pronto hubiera sido pedirles peras al olmo.

HABLANDO
EN
PLATA

Limpieza electoral

El otro día asistimos a la conferencia de prensa que dio Jordi Pujol. Nos produjo una profunda impresión, por lo que pueda tener de síntoma tranquilizador, que dijera el líder de Convergencia Democrática, que su partido renunciaba a cualquier «trijoc» para fastidiar o desprestigiar al contrario. Sí, porque después de la salida del tono de Sellarés, en el mitín de CDC, en La Garriga, con su poco feliz alusión a los trabajadores y más concretamente a los inmigrados, así como sus violentos ataques a otras personalidades políticas de otros campos, nos habían puesto sobre ascuas. Siempre pensamos, y seguimos pensándolo, que los de Convergencia, con sus errores y aciertos, son gente moderada. Gente con «seny». El chorro de «rauxa» de La Garriga, como anécdota, no tiene importancia. Como síntoma, hubiera sido dramático.

Las elecciones están ahí. Ciertamente no vamos a pretender que todos los partidos se comporten como hermanitas de la caridad. Evidentemente no basta con presentar un programa, sino que es preciso señalar los fallos que, a juicio de cada ideología, tengan los demás programas. Pero aún en este caso, existe una ética, un mínimo de «fair play», por respeto a los electores y, sobre todo, por respeto a la tierra, a su historia, al presente y al futuro que se desean mejorar. La democracia no consiste, o no debe consistir, en ganar como sea, sino en un continuado ejercicio de sana imaginación, para hallar no sólo soluciones nuevas y originales, sino para responder el reto de una sociedad cada día más cambiante, cada vez más exigente en todos los terrenos.

Hay que convencerse, de una vez por todas, de que la democracia es algo más que un planteamiento puramente teórico. Es el servicio al pueblo, aceptando su control y respondiendo a sus necesidades reales. Quiero decir que es muy fácil caer en la tentación de crear los planteamientos políticos en los gabinetes de los partidos y luego, a base de machacárselo al pueblo, hacerle creer que eso es lo que quiere. Es evidente que el pueblo no habla de una forma concreta y expresa, y que hay que interpretar sus actitudes y exigencias, pero ahí está la verdadera talla del dirigente político: saber descubrir lo que realmente subyace en el alma colectiva y traducirlo en planteamientos concretos, útiles para darle luego al ejecutivo la fuerza necesaria para llevarlos hasta sus últimas consecuencias.

Esto, por un lado, por otro, sería también hora de que se dejaran de usar símbolos profundos y entrañables, como la bandera de Cataluña, para cualquier actitud reivindicativa muy particularista, o para apoyar acciones de partidos que, si se repasara su historia, incluso la reciente en la clandestinidad, haría sonrojar. Una cosa es la autonomía catalana, que debe tener un tratamiento de altura y en amplitud, y otra pretender ligarla, por ejemplo, con un conflicto laboral muy determinado. Cada cosa en su sitio, que así iremos todos mejor hacia la democracia.

Se trata de hacer entre todos un futuro de convivencia, en el que cada cual aporte su peculiaridad, para acertar en lo que a todos interesa por igual: el bien común.

Joan del Vallès